

LA REVISTA IBEROAMERICANA*
(ÓRGANO DEL INSTITUTO INTERNACIONAL
DE LITERATURA IBEROAMERICANA)

POR

ALFREDO A. ROGGIANO
University of Pittsburgh

1. La *Revista Iberoamericana* es el órgano oficial del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, el cual fue fundado en México, en 1938, bajo el lema “A la fraternidad por la cultura”, con el nombre de “Asociación Internacional de Profesores de Literatura Iberoamericana”. El primer número de la *RI* fue impreso en México, en 1939, y distribuido a los miembros y al público en general. El primer tiraje fue de quinientos ejemplares por número, publicado dos veces al año, con aumentos mínimos, hasta 1960. La *RI* tenía un formato modesto, acaso de sobriedad académica, en blanco y negro. Era — debía ser — una revista de profesores universitarios, dedicada a la investigación según métodos críticos consagrados por las disciplinas literarias durante el modernismo y el postmodernismo, especialmente el método estilístico y el descriptivo-positivista (histórico, temático, sobre todo) que estudió la literatura realista, regionalista, mundonovista y de protesta social o la llamada novela de la tierra.

Los directores de la *RI* durante ese período fueron: Manuel González P., Carlos García Prada, Julio Jiménez Rueda, Roberto Brenes Mesén, Francisco Monterde, Arturo Torres Rioseco y Fernando Alegría y tuvo como coeditores y redactores a Raimundo Lazo, Concha Meléndez, John E. Englekirk, Sturgis E. Leavitt, John A. Crow, Henry H. Holmes, E. Herman Hespelt, Andrés Iduarte, Gastón Figueira, José Antonio Portuondo y Albert R. López (para la literatura brasileña). Un comité de especialistas norteamericanos de la literatura hispanoamericana editó una *Historia* y una *Antología* de la literatura iberoamericana, junto con una colección de textos “Clásicos de América”, en un plan muy amplio y seriamente planeado y coordinado, que desgraciadamente no prosperó.

La *Revista Iberoamericana* (y con ello el Instituto) estuvo a punto de perecer debido a rivalidades personales e ideológicas dentro del cuerpo directivo y miembros más activos. Entre los hispanoamericanos, en particular, se formaron grupos, pero una minoría de profesores hispanoamericanos en los Estados Unidos, y los de este país, se opusieron a la formación de bloques ideológicos o de simple predominio de grupos, en beneficio de la

* Este texto reproduce la intervención del Dr. Roggiano en la Mesa Redonda: “Las revistas literarias como experiencia literaria”, celebrada el día 29 de junio. En ella participaron Jacques Gilard (*Caravelle*), Félix Grande (*Cuadernos Hispanoamericanos*), Emir Rodríguez Monegal (*Mundo Nuevo*) y Jesús Benítez Villalba (*Anales de Literatura Hispanoamericana*), cuyas intervenciones no fueron recogidas por escrito.

unidad y permanencia del Instituto, que a partir de 1945, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, se convirtió en el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, con *Estatutos* propios que regían su funcionamiento en forma de organización o institución legalmente reconocida. Así se empezó a difundir su nombre y su labor por el mundo de la crítica y la investigación Hispánicas, y fue cuando yo comencé a tener noticias y a entrar en contacto con algunos de los miembros y con la *RI*, por mediación de Pedro Henríquez Ureña, entonces profesor en la Argentina.

2. En 1953 fui invitado a participar en el V Congreso del Instituto, a realizarse en la Universidad de New Mexico. Debido al Control de Estado, que vigilaba la salida de la Argentina de Perón, no pude concurrir, pero envié mi ponencia sobre “El modernismo y la novela”, que fue aceptada, leída por un amigo de los Estados Unidos, y publicada en la *Memoria* respectiva. Arturo Torres Rioseco, que era por entonces algo así como el crítico-guía del modernismo y de la novela hispanoamericana, fue muy generoso con mi “contribución al Congreso”, como él dijo, y me invitó a los Estados Unidos como profesor visitante. No voy a narrar las peripecias que tuve que superar para poder salir de Argentina y viajar a los Estados Unidos, pero lo logré y de inmediato me convertí, sin quererlo, en un exiliado más. Renuncié a mi cátedra de Tucumán, que había obtenido por concurso, y acepté quedarme como profesor en universidades norteamericanas: New Mexico, California (Berkeley, Los Angeles), Iowa, Indiana y Pittsburgh. Fue en California, Berkeley, donde sin pedirlo y sin proponérmelo, aparecí siendo candidato a la Dirección de la *RI* y elegido por unanimidad por el Comité *ad hoc*, que presidió John Englekirk, y confirmado por la Asamblea de 1955. Al año siguiente apareció el primer número de la *Revista Iberoamericana* dirigido por mí y dedicado al maestro Pedro Henríquez Ureña (núm. doble, 41-42), en el que publicaron M. Pidal, R. Lapesa, A. Reyes, M. Picón Salas, A. Castro Leal, A. Sánchez Reulet, y, en síntesis, lo más selecto de la crítica literaria del mundo hispánico del momento. El número mereció la aprobación general, con un aplauso de la Asamblea del VI Congreso, con amplias facultades para hacer de la *RI* el vocero central y más autorizado del Instituto (antes eran los Congresos).

3. Lo primero que hice fue pedir que se estableciera un Comité Asesor, con especialistas en diversos campos de la literatura iberoamericana, ya que yo no lo sabía todo y la *RI*, para ser realmente del Instituto, debía ser el resultado de un trabajo de equipo. Pedí y logré que se incluyera todo esto como parte de los *Estatutos*. Así me puse a salvo de los grupos partidarios y del personalismo que había actuado en desmedro del carácter internacional de la revista. También elevé a tres, primero, y a cuatro, después, el número de las publicaciones por año, que es lo que se hace ahora, desde 1970. Asimismo, decidí modernizar la revista en tres niveles: a) la presentación, con nuevo modelo de cubierta y en colores distintos cada número y nuevos tipos de letra; b) establecer secciones: Estudios, Notas, Documentos, Bibliografía, Noticias y Reseñas. La sección de Noticias se suprimió debido a celos, egoísmos y resentimientos de quienes no podían figurar en ellas, por ejemplo, con un viaje de vacaciones o alguna intrascendencia por el estilo. Una sección de *Creación literaria* se intentó poner en su lugar, pero debió suprimirse porque algunos influyentes en el Instituto, que eran buenos profesores y críticos, no eran creadores dignos de ser recordados. Ustedes me entienden. En sucesivas reuniones del Instituto y elecciones del C. E. se fueron reemplazando a los de *antes* por los de *ahora*, jóvenes, sobre todo, con

nuevas ideas, nuevas direcciones críticas y, sobre todo, gracias a esta preferencia mía, los escritores nuevos, de la vanguardia poética y de la prosa de ficción fantástica fueron entrando en la *RI*, no sin resistencia de los más conservadores, Borges, Neruda, el Boom: la historia, el registro de este cambio está en las páginas de la revista, desde 1960 en adelante, que fue cuando yo comencé a tener los mejores colaboradores en el Comité Editorial. Y es justo que lo reconozca; sin la colaboración decidida y franca de esos nuevos miembros del C. E., yo no hubiera podido dar a la *RI* un carácter ecléctico, de adecuada distribución por países, épocas, géneros, tipos de crítica, participantes de todas las edades y grupos, que siempre los hubo y los hay, que quieren establecer un predominio, convencidos de que ellos son los que tienen en sus manos lo mejor y de más éxito. Cuando la presión de pretendientes a caudillos se hacía incómoda, busqué soluciones como la de los números especiales, dedicados a un momento literario fundamental o a escritores de significación señera en nuestras letras, y encargué la preparación de esos números dedicados a especialistas obviamente destacados para cumplir tal función; o bien el número dedicado estuvo dirigido por mí, personalmente, o en colaboración con un especialista. Números simples o dobles, dedicados a Rubén Darío, César Vallejo, Vicente Huidobro, Miguel A. Asturias, Pablo Neruda, Jorge Luis Borges, Octavio Paz, Julio Cortázar, José María Arguedas, la crítica de base sociológica, la perduración indigenista en la literatura hispanoamericana, la literatura del período colonial, la nueva literatura (prosa, verso, crítica, ensayo) y ahora, los dedicados a las letras de las últimas décadas de cada país individualizado, como Argentina, Brasil (ya aparecidos), y Bolivia, Colombia, Chile, etc., en prensa o en preparación. En esta colaboración debo destacar la de Emir Rodríguez Monegal, José Miguel Oviedo, Julio Ortega, Sylvia Molloy, Alberto Blasi, John Beverley, René de Costa, Ana María Barrenechea, Enrique Anderson Imbert, Allen W. Phillips, Frank Dauster, Keith McDuffie, Bella Jozef, María Luisa Nunes, Eugenio y Raquel Rodríguez, y Armando Romero, entre otros. Creo que mi labor ha consistido, sobre todo, en ser una especie de coordinador, con directivas, claro está, pero no sólo mías, sino surgidas de una atenta auscultación de los deseos e intereses de todos los miembros del Instituto y según los cambios y novedades registrados en nuestras letras, sin perder de vista el conjunto y la situación de Hispanoamérica en el marco universal de las otras literaturas. Con tal fin, introduje (aunque continuó) una sección que llamé “Relaciones literarias”, cuyo objeto era sustituir el poco legítimo criterio de las influencias, tal como lo practicaron los hijos del descriptivismo positivista, al estilo de Mapes, por ejemplo. Y aquí fue donde mi propósito fue realmente el de la universalización del Instituto y de la *RI*, no sólo con Congresos que logré realizar desde Madrid a Río de Janeiro o México, desde Lima y Caracas a Budapest y Puerto Rico y desde Toronto a París (el de 1983, auspiciado por una Entidad de miras mundiales como la UNESCO, y en un centro tan universal como París), gracias a colaboradores como Saúl Yurkievich y Luis Sáinz de Medrano, por ejemplo, por citar sólo a dos de los más eficaces y extraordinarios intérpretes de la obra de nuestro Instituto.

En esta línea de las relaciones y motivaciones específicamente internacionales del Instituto y de la *RI*, he dedicado especial atención al mundo de nuestra lengua y de nuestras tradiciones, la nativa, indígena, y la de España.

El Instituto fue creado en 1938, inmediatamente después de finalizada la Guerra Civil Española y la diáspora por los antiguos dominios de Ultramar de la mejor intelectualidad de la Madre España, dicho esto sin resabios colonialistas u otros peores. Se avecinaba la Segunda Guerra Mundial, en la cual no sólo se temía por la suerte de Europa, sino por la de la América que recogió su tradición y quedaba menos resguardada o protegida de cualquier eventualidad. Los nazis hacían de las suyas en capitales de grandes influencias, como Buenos Aires y México. El Instituto se propuso ser un baluarte de valores del espíritu que fuera expresado como solidaridad por la cultura, el arte, la vida, pero especialmente expresada en nuestras letras. La presencia de Franco en España hizo que el Instituto se mantuviera separado de la España oficializada en una ideología que no deseaban reconocer los miembros de la España peregrina y sus hermanos de Ultramar. Y así sucedió, hasta que, en 1975, con el cambio que todos conocemos, me apresuré a traer a España el mensaje de nuestros miembros. El Congreso, preparado por Francisco Sánchez Castañer, Luis Sáinz de Medrano y la silenciosa pero eficaz colaboración de Teo Fernández, dedicado al barroco, fue un éxito que nos abrió las puertas de entrada a Europa y a la consecución de la unidad de nuestra cultura por medio de esa solidaridad que pregona el IILI, y su órgano oficial: la *Revista Iberoamericana*. Nuestra labor queda cumplida, con un innegable sentido de la responsabilidad humana expresado en las instituciones que la sostienen, propician y realizan. Hoy nuestro Instituto y nuestra revista tienen su posición en este mundo en que se juega la dignidad tantas veces violada de nuestro ser como individuos, sociedad, naciones y principios de conducta y moral que se defienden para salvar y mantener la libertad humana en el mundo. El escritor, la literatura, es parte *sine qua non* de esa libertad y de esa responsabilidad. Nadie puede permanecer impasible ante el drama que se insinúa en algunos dirigentes de la política internacional. Por eso, el lema de nuestro Instituto debe ser un *desideratum* irrenunciable: *A la fraternidad por la cultura*.

XXIII CONGRESO, MADRID, 1984